

Entre lo sagrado y lo profano



El motivo que en esta ocasión incita la reflexión es lo sagrado y lo profano. Bien se podría comenzar a discurrir sobre esta temática directamente; no obstante, una precaución filosófica lo impide. Ciertamente, la finalidad no es más que lo sagrado y lo profano; pero, en dicha determinación del tema, se hace patente una ausencia por demás significativa: la filosofía. Ausencia importante, en cuanto que la filosofía se ubica —al menos en esta concepción que se mostrará apoyada en algunos filósofos— *entre* lo uno y lo otro: la filosofía no es lo sagrado ni lo profano. Una vez precisado este punto, es oportuno señalar las líneas generales que se habrán de seguir: en un primer momento, se analizará la relación entre lo sagrado y lo profano; y, en un segundo, el vínculo entre lo sagrado, lo profano y la filosofía; para, posteriormente, ilustrarlo con dos filósofos: Sócrates y Nietzsche.

Entre los diversos usos del concepto “sagrado”, uno considerado como término medio indica: *lo que es separado del uso profano, en razón de una especial pertenencia a lo Divino*. Aclaremos que la pertenencia a lo Divino no alude a alguna divinidad en específico. En este concepto es posible ubicar las cosas más disímiles sin problema alguno, basta con echar un vistazo histórico a los diferentes grupos sociales que han vivido y viven en este planeta para convencernos de la variedad de usos. Ya en tiempos

antiguos, las figuras que representaron la divinidad fueron diversas (los pueblos antiguos, en su mayoría, tuvieron teologías politeístas). Egipto, Mesopotamia, Asiria, Grecia, Roma, Persia, entre otros, dieron muestra de la variedad de usos posibles para la categoría 'divinidad'. En cada uno, lo Divino asumió rasgos muy peculiares (cada Dios estaba dedicado a algún fenómeno); por tal motivo, no nos detendremos demasiado en el concepto de "divinidad" (actualmente, como lo señaló la escuela de Frankfurt, ese lugar lo ocupa el dinero). Cada grupo social determina, ya sea de manera conjunta o individual, por convencimiento o a la fuerza, lo que considera "sagrado".

La religión judía, al postular la existencia de un solo Dios, si bien transforma de manera radical la religión politeísta y la conduce a un monoteísmo, no altera en nada la determinación de lo Divino como aquello que se separa de lo profano. Para los objetivos de esta reflexión, el resaltar la imposibilidad de pensar lo sagrado sin referencia a lo profano tiene mayor importancia: ambos obtienen su posibilidad de esa complementariedad, así como no es posible pensar noche sin, al mismo tiempo, evocar día. Al determinar el ámbito de lo sagrado, por exclusión se determina lo profano. En el momento en que se deslinda el ámbito de lo sagrado, se determina la relación necesaria que éste tiene con aquello que no lo es; de ahí que cualquier intento de pensar lo sagrado sin referencia a lo profano, o viceversa, esté condenado al fracaso.

Ahora bien, como hemos dicho anteriormente, la naturaleza humana utiliza los motivos más diversos para determinar lo sagrado, de modo que cualquier intento por encontrar unas líneas generales resulta imposible (lo mismo se identifican dioses por utilidad, ocio y goce, que por protección, fuerza, virilidad, etcétera). De ello podemos concluir, sin problema alguno, que lo sagrado tiene un estatus *creado* y no *originario*, aun cuando todos los sacerdotes de lo *sagrado* tengan como su más apremiante tarea demostrar lo

contrario. Lo *sagrado* es siempre resultado de la creación *arbitraria* del hombre. De ahí que no pocos rayen casi en la demencia por asegurar el carácter de *principio (increado)* a aquello que han postulado como sagrado. En cualquier elaboración de lo *sacro*, siempre habrá individuos capaces de entregar su vida con tal de sostener la causa primera de la sacralización.

Lo sorprendente es que, aun con su carácter artificial, lo sagrado no deja de tener inmensos poderes en cada época. Todo se organiza en función de él, preponderantemente lo profano. Por ejemplo, el *dios dinero* de nuestra época nos obliga a rendirle culto diariamente de diversas maneras: días consagrados para obtener sus dádivas, esclavitud forzada disfrazada de laboriosidad, dedicación o —si se prefiere el término— responsabilidad, adoración permanente a través de su acumulación en cuentas bancarias, bienes e, incluso, las peores angustias en caso de que no nos corresponda con sus favores. Por supuesto, los profanos, en el caso extremo, se ubican del lado de los ociosos, los no productivos, los irresponsables, los que no ahorran, no acumulan bienes o, en un caso no tan extremo, los avocados al ejercicio constante de aquellas actividades determinadas como profanas desde la esfera sagrada misma: vida nocturna, apuestas, hurto, derroche, entre tantas.

Si observamos con detenimiento el poder de nuestro *dios* contemporáneo y todo lo que causa cuando nos enfrentamos a su cólera o a su gracia, el Antiguo y el Nuevo Testamento no tendrían nada de que enorgullecerse, pues sin duda se podrían llenar páginas muy ilustrativas con las peripecias de los devotos respecto a su relación con el *dios* actual, el cual —al igual que el Dios bíblico— concede la *gracia* para poder tener acceso al *paraíso*: suntuosas mansiones, coches de lujo, vacaciones costosas, un harén numeroso, salud artificial, entre otros excesos considerados, en la actualidad, paradisiacos. Para quienes no gozan de la *gracia divina*, por no ser devotos de tiempo completo, la condena es el infierno del hambre, del olvido, de la guerra, de la muerte lenta y de las

enfermedades cuya curación requiere la *gracia* del dinero. Si alguien agregara el toque poético a las peripecias de la humanidad desde que el dinero se convirtió en nuestro dios, tendríamos una obra cumbre de la literatura.

Ahora bien, dado que cada época, cada grupo social e incluso cada individuo determinan lo sagrado, es difícil sustraerse de su imperio: nuestra vida transcurre necesariamente entre esos dos grandes territorios, la mayoría de las veces siempre en lucha para alejarnos al máximo de lo profano y estar más plenos en lo sagrado. No importa qué se determine "sagrado", éste inevitablemente trae consigo lo que debe considerarse profano, así como el esfuerzo por realizar para alejarse de este último y tener acceso al primero.

Hasta aquí se ha realizado la primera parte de este ejercicio, que mostró la relación entre lo sagrado y lo profano. Es momento de efectuar la segunda parte, que consistirá en analizar el vínculo entre lo sagrado, lo profano y la filosofía. Antes se especificó que en este punto se seguirá una línea de la filosofía iniciada con Sócrates y continuada —con sus diferencias, claro está— por el Platón del diálogo *El banquete*,¹ por Antístenes, Diógenes, Luciano de Samosata,² Erasmo de Rotterdam,³ Nietzsche, entre algunos otros. ¿Cuál es el rasgo característico capaz de unificar tan variada pléyade de filósofos? Sin duda alguna, la peculiar relación que sostienen, desde la filosofía, en contra de lo sagrado y de lo profano. Para todos ellos, filosofar consiste en desembarazarse de ambos, en extirpar de manera definitiva cualquier rasgo sagrado y profano. Es Platón quien lo precisa de manera contundente en *El banquete*: "el filósofo por nacimiento se ubica entre lo sagrado y lo profano".⁴ Pero en su

obra el estado intermedio dura muy poco, pues inmediatamente se ve impulsado hacia lo sagrado —la Idea, el Bien—. No obstante, como —según expresión de Nietzsche— el filósofo es un tizón ardiente,⁵ en cuanto se dirige a lo sagrado sucumbe por su propia *inesencialidad*; lo profano, en tanto está determinado por lo sagrado, no corre mejor suerte. Es prudente señalar que este proceso de demolición de lo sagrado y, por ende, de lo profano no es tan sencillo como aquí se presenta. Revisemos, como lo adelantamos al principio, el caso Sócrates y el caso Nietzsche.

En esta línea filosófica, Sócrates⁶ es el filósofo por excelencia, pues es el único capaz de *vaciarse*



1 Cfr. Platón, *Diálogos*, Madrid, Gredos, 2000, 9 tomos.
2 Cfr. Luciano, *Obras completas*, Madrid, Gredos, 1981.
3 Cfr. Erasmo, *Elogio de la locura*, México, UNAM, 2000.
4 Platón, *El banquete* (202a-212a), Madrid, Gredos, 2000.

5 Cfr. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
6 Esta interpretación está inspirada en el Sócrates que nos legó la pluma de Platón.

tanto de lo profano como de lo sagrado sin dejar rastro alguno de ellos en su interior. Recordemos que la sabiduría socrática consiste en *saber que nada se sabe*. Es decir, Sócrates no sustituye —al estilo de Parménides— una organización de lo sagrado y de lo profano por otra. Llegar a la conclusión de *saber que nada se sabe* implica un doble movimiento, efectuado en lo interior y en lo exterior. En lo exterior, en cuanto se enfrenta tanto al discurso sagrado como al profano y lo lleva a la aporía, al callejón sin salida, en donde se destruye por su propia inconsistencia. Actividad devastadora capaz de derruir todo rasgo sacro existente (los atenienses no se equivocaron al condenarlo por impiedad). Algunos años después, Tertuliano afirmó, probablemente pensando en Sócrates, que los filósofos son los patriarcas de los herejes.⁷

La grandeza de Sócrates consiste en que este ejercicio lo efectúa de la forma más serena, pues, si bien nunca pierde la compostura frente a sus más intempestivos contrincantes, mucho menos lo hace en lo interior. No tenemos la imagen de un Sócrates impulsado por la angustia, la cólera o por cualquier otra pulsión. Su tranquilidad ante el *vaciamiento* de lo sagrado y de lo profano no deja de inquietarnos; representa el caso excepcional en que la purga permite la deyección de toda sustancia nociva, sin dolor, sin diarrea, sin espasmos, de una vez y para siempre. Respecto a lo profano, recordemos aquella anécdota cuando acompaña a su esposa al mercado y, ante la multitud de mercancías exhibidas para el consumo, expresa: “Ves cuántas cosas hay aquí que Sócrates no necesita para vivir”. Ya quisiéramos poder experimentar esa actitud cuando vamos a una librería, al supermercado o una tienda de ropa, donde —ajenos a la tranquilidad del filósofo ateniense para desprenderse de lo innecesario— nos excitamos

tanto que maldecimos por no tener dinero para poder comprar todos los libros, la ropa o los consumibles, pues para nosotros todo ello es necesario en demasía.

Ejercicio sublime de la filosofía en el cual el movimiento hacia un extremo u otro significa su destrucción, al tiempo que se es capaz de permanecer en esa posición intermedia sin sucumbir a la seducción de implantar una nueva organización de lo sagrado y de lo profano: la filosofía, ejercida como crítica radical ante lo externo y lo interno, realizada con un gesto casi inocente, no obstante. Si queda alguna duda respecto a esto, recuérdese la imagen referida por Platón sobre la muerte de Sócrates: su impasibilidad ante la muerte no deja lugar a dudas de que había erradicado de sí cualquier noción de sagrado y de profano; sólo la indiferencia total ante estos dos campos permite morir de esa manera.

El caso Nietzsche es totalmente diferente:⁸ a pesar de consistir todo él un desprendimiento tanto de lo sagrado como de lo profano, no tiene el gesto sereno de Sócrates; por el contrario, filosofa desde lo tempestuoso. Sus violentas arremetidas se dirigen lo mismo contra lo *sagrado* que contra lo *profano* de su tiempo o, bien, de antaño; contra el dios judío, contra el dios cristiano; contra lo sagrado de la ciencia, de la filosofía, del utilitarismo; y, al mismo tiempo, contra lo profano encarnado en lo gregario, en la sumisión, en el resentimiento, en la voluntad de nada, en la cobardía, etcétera.

Ahora bien, como Nietzsche no es Sócrates, el proceso no es el mismo, pues el filósofo alemán no posee el don de desembarazarse con tanta facilidad de lo sagrado y de lo profano. A Nietzsche le cuesta tanto, que toda su obra es una larga guerra sostenida contra ambos enemigos, en la cual durante el día se dan batallas gloriosas donde parece derrotarlos completamente (aniquilarlos

7 Citado en *Historia de la filosofía. La filosofía medieval en Occidente*, México, Siglo XXI, 2005, vol. 4, p. 5.

8 Cfr. Nietzsche, *Ecce homo*, Madrid, Alianza, 1997.

inclusive), pero donde, al momento de intentar tomar un descanso, repara en que el enemigo continúa ahí, tan presente que descansa en él. Por eso, cada batalla en Nietzsche es un desgarramiento interno: el enemigo, más que externo, es interno, está arraigado en sus entrañas (y, para poder desprenderlo, se requiere de esas auto cirugías nunca exentas de sangre).

Lo sagrado y lo profano son dos tumores cancerosos que, al extirparlos, suelen reproducirse con mayor velocidad. Se multiplican en tantas formas, de tantas maneras, con tan diversos disfraces, que Nietzsche no podía descuidarse ni un momento. Los desgarramientos que sufrió, no obstante, fueron tantos y tan constantes que de uno de ellos ya no pudo recuperarse. Ahora que, podemos pensar: “¡Postula al superhombre!”; sin embargo, ¿no es éste el establecimiento de un campo sagrado respecto de un profano? Nos parece que no pues, por más intentos realizados para determinar con precisión al superhombre nietzscheano, éste sigue pareciéndonos enigmático (no podemos ni siquiera imaginarlo). Se trata, más bien, de la última arma utilizada contra los enemigos, mediante la cual Nietzsche intentó catapultarse de forma definitiva, lejos de la estupidez de lo sagrado y de lo profano.

“Entre lo sagrado y lo profano” es el título de este breve escrito; en él se intenta mostrar la aspiración a permanecer en el *entre*: inscribirse en esta tradición, pero en nuestro tiempo, contra nuestros dioses y nuestras miserias; en otras palabras, contra nuestro sagrado y nuestro profano. De la otra parte se ha efectuado tanto, es decir, son tantas las elaboraciones sacras, que en no pocas ocasiones mueve, en el mejor de los casos, a la risa y, en el peor, a la desesperación. Hemos, pues, de permanecer impasibles ante los segmentos de lo sagrado y de lo profano para, al recorrerlos, mostrar toda su miseria y la estupidez a la que



nos someten. Cabe mencionar que de esta aspiración a permanecer diagonales no escapa ni la propia filosofía, como esa actividad no pocas veces postulada como sagrada, aun cuando no deje de resultar paradójico. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Erasmus (2000), *Elogio de la locura*, México, UNAM.
 Luciano (1981), *Obras completas*, Madrid, Gredos.
 Nietzsche (1997), *Ecce homo*, Madrid, Alianza.
 ____ (2000), *El crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Biblioteca Nueva.
 Platón (2000), *El banquete* (202a-212a), Madrid, Gredos.
 ____ (2000), *Diálogos*, Madrid, Gredos, 9 tomos.